

Exhortación

Miguel García-Baró

Los entusiasmos de las gentes ya no corresponden hoy a lo que la etimología de esta palabra quiere decir. Los encontramos, en efecto, predominantemente en contextos claramente inadecuados, en los que a lo sumo hay *dioses mínimos* pero no Dios; o sea, hay ídolos que arrastran la vida humana hacia lo bajo, pero no hay la esperanza absoluta suscitada por la Transcendencia y que no distrae de los trabajos de la historia ni nos deja calumniar el mundo. La esperanza absoluta no destruye las esperanzas limitadas sino que las orienta, y nos consuela de la desdicha en que las vemos -tan a menudo- frustradas.

Consideremos qué activa al máximo a las gentes. No, desde luego, una habitual reunión de culto litúrgico, en la que predomina demasiadas veces un silencio de sopor, de rutina, de deber *por si acaso*. Hay momentos en que una causa de justicia o una gran desgracia saca a la calle a una multitud. Pero tampoco la política, ni siquiera la utopía, mueve más que muy parcialmente los corazones. Incluso se diría, a la vista de los registros de divorcios, que tampoco la creación y el mantenimiento de una familia, ahora que el matrimonio es mucho más, por fin, cosa de amor que de negocios, llena tantas vidas como podría suponerse. Más bien son tan solo las diversiones las que hacen conmovirse a las personas con verdadero arrobó, con *entusiasmo*. En los estadios, en el carnaval, en unas pocas fiestas populares multitudinarias que se han separado de su original connotación religiosa es donde al ser humano se le hacen presentes hoy las potencias inmortales, *los Celestes*. ¿Cabe exceptuar algunas procesiones de la Semana Santa en España, y el momento cumbre de la peregrinación al Rocío? Posiblemente sí, en algunos y en cierto sentido; pero ¿no sigue siendo la diversión, la fiesta sin transcendencia, lo que predomina, si vemos después el pequeñísimo porcentaje de cofrades que asiste a la Vigilia de Pascua? Así, sobre todo, en Occidente, en el mundo rico. De aquí la violenta sorpresa de quien se asoma a una mañana de sábado en Jerusalén, cerca del Muro del Templo; o del peregrino de Varanasi; o del viajero que entra en una iglesia de un pueblo mexicano y ve rezar llorando en su antigua lengua a una vieja.

El sentido religioso de la *fiesta* misma declina, aunque no lo haga aún siempre la fiesta misma, de la que la gente necesita absolutamente.

He ahí el problema: el objeto del anhelo más profundo del corazón no está patente y se deja confundir con una amplia porción de goces que lo sofocan con bastante eficacia. Incluso para reconocer lo único necesario, tiene que funcionar la razón; pero la razón cae en desuso a medida que el imperio de la imaginación crece continuamente.

Todos sabemos y hasta reconocemos que únicamente el amor auténtico dado y recibido hace la dicha; pero quizá porque la dicha nos la figuramos como solo *nuestra*, dejamos que el egoísmo intervenga en nuestras empresas de amor o casi amor tanto que las desviadas de su blanco. Es una cosa cercana al absurdo que cueste tanto amar, cuando quien probó una gota de sus aguas ya no ignorará jamás que ahí está todo nuestro bien. Y como la dicha perfecta está en saber acoger el amor, pero ya nuestro amor suscita irremediabilmente un mínimo de respuesta de amor en los demás -a veces, ay, un mínimo insensible-, apenas hay nadie que no haya gustado las primicias del Cielo en la Tierra. Y

sin embargo, es raro que nos aventuremos decididamente por la ruta señalada por el Cielo. Amar da miedo. Debe de consistir en esto el enigma por el que la desgracia se apodera de la vida humana. Antes de desprendernos de nuestro egoísmo, sentimos seguramente el miedo a lo desconocido y nos retraemos; cuando una pequeña prueba de valentía en ese instante nos haría de inmediato experimentar qué maravilla es en realidad deshacernos siquiera un poco del habitual egoísmo. Preferimos las pequeñas esperanzas a la Esperanza; nos da terror la posibilidad de la Paz porque parece que nos ha de herir. Somos enigmáticamente estúpidos.

La Esperanza consiste en confiar en que realmente hay la Gracia; las esperanzas consisten en confiar en que realmente hay nuestras fuerzas para obtener lo que deseemos. Pero en realidad nuestra propia fuerza alcanza su punto más alto solo cuando pone toda su confianza en la Espera de la Gracia. Ese es el momento de la valentía cotidiana. Quizá solo quien sea inmensamente valiente podrá confiar como un niño en que el amor es, efectivamente, Dios, el Eterno.

En Taizé se celebra constante, pública, alegre y continuamente, desde hace muchas décadas, que realmente Dios, el Eterno, es Amor que acoge a todos los cansados. Taizé y sus ramas generosas por el mundo consiste esencialmente en la ocasión de comprobar cómo el Cielo es una realidad coral y cómo la vida del místico no es solitaria ni tan extraña.

Parecía en otras épocas que solo monasterios, conventos y desiertos podían albergar la intensidad suprema de la vida espiritual, y existe en nuestra tradición el espejismo de que esa intensidad debe describirse como la llegada del solo a solas ante el Solo. No podemos reconstruir las circunstancias en que pudo ser plausible una visión hoy ya tan pasada de lo que debe realmente ser la imitación del Espíritu, o sea, el dejarnos inspirar por Él a velas desplegadas.

Hay un modo de entender el *desasimiento* que se practicó amplia y radicalmente en la Antigüedad y que, aunque haya proporcionado modelos interesantes para esta práctica en el cristianismo, iba impulsado mucho más por el egoísmo que por la espera de Dios y el consiguiente imprescindible servicio al prójimo. Incluso se practicaba este sutil egoísmo con diferentes espíritus: los cínicos, que preferían enloquecer antes que experimentar placeres, trabajaban todo el día para volverse invulnerables, autosuficientes; querían necesitar muy pocas cosas y esas pocas, necesitarlas muy poco, porque veían –con razón– que por este medio merecerían aquello que se cuenta que Alejandro el Grande dijo a Diógenes: *Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes*. En efecto, quien se ha vuelto pobrísimo y prefiere vivir sin ambición alguna, es que ansía que nadie le envidie; y si nadie lo envidia, malamente será ofendido. Quien se descarta a sí mismo de toda empresa de ascenso social, de influencia sobre los demás, de aumento de su riqueza o su saber o sus talentos, como no puede ya caer más bajo, se sentirá a salvo de que nadie le mueva el sillón, de que haya quien desee perseguirlo o, simplemente, calumniarlo.

Cosa parecida hacía el escéptico pirrónico: si no me vinculo absolutamente a nada, ni siquiera a mí mismo, tendré una libertad que nadie más conoce. Nada me afectará, nada me alterará, nada me importará.

¡Qué paz la del olvidado, la del invisible, la de quien *vive oculto*, como recomendaba el

semidió Epicuro a sus adeptos!

No debemos en realidad desasirnos ni siquiera de los *frutos de nuestra acción*, aunque lo pida la Bhagavad Gita. Hasta Kant reconocía que poner todo el empeño en la pureza santa de la intención no exime de ninguna manera de mirar en la dirección de lo que muy probablemente vamos a lograr con ella.

Por mucho que no estemos de acuerdo en absoluto con la doctrina moral de Hume, ¡cuánto egoísmo puede esconderse en las renunciaciones y los votos de una persona que entienda mal, pésimamente mal, lo que Cristo y la razón demandan! Hume atacaba con violencia las presuntas virtudes que llamaba *monásticas*, y la crítica no iba desencaminada. El bien supremo no nos llama de ninguna manera a la calumnia y el desprecio de las realidades, ya sean sensibles y mundanas, ya sean de orden intelectual o espiritual. La verdad es en cambio la que expresó Blondel en una nota de su diario de juventud: *El desasimiento perfecto nos ase a todo sin atarnos*. Solo el ídolo ata; el amor, en cambio, está preocupado, desde luego que lo está, pero solamente por el amado.

La verdad del desasimiento es vaciarse del egoísmo: quitar el *yo* para que solo subsista el *fondo* del alma, como, por ejemplo, lo expresa Tauler: fondo por el que corra entonces la vena llena de vida que es Dios que lo ocupa.

Ninguna imagen sobre ello más poderosa que la de pensar, en este sentido, la dicha del cielo no como *mi dicha*, sino como el triunfo total del bien, del amor, de la eternidad. Yo, casi desaparecido en medio de ese océano de belleza, recibiré en él lo que Dios disponga y no el puesto preeminente que la madre de los Zebedeos quería para su familia.

En las páginas que siguen, el lector admirará cómo Taizé realiza ejemplarmente los inicios de esta maravilla dentro de nuestros países y en medio de nuestra atormentada historia; y asimismo admirará el arrebatado entusiasmo auténtico, de alegría profunda, con que están escritas estas sabias páginas.